

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 19 DE SEPTIEMBRE DE 1920

NUM. 19.226

CUENTISTAS
ESPAÑOLES

EL RETORNO

POR AUGUSTO
M. OLMEDILLA.

A pesar del entusiasmo con que venían a la corte, o tal vez por lo mismo, sufrieron una decepción que se tradujo en suspiros y llantos. Los niños, sobre todo, acostumbrados a la vida agreste, semisalvaje, de la ciudad provinciana que les viera nacer, miraron como una mazmorra el pisito modesto, de pocas y mezquinas habitaciones, que debía albergarles en Madrid. Un tanto deslumbrados en el tránsito de la estación al domicilio, admiraron desde el ómnibus el tráfico febril de la urbe populosa: los tranvías tintineantes, los anuncios luminosos, el lujo de los escaparates y el desfile de la multitud heterogénea, que los mareaba, habituados a la quietud silente de la población donde hasta entonces habían residido. ¡Era hermoso Madrid!

Pero al llegar al barrio extremo y a la calle sórdida donde debían alojarse, los entusiasmos decrecieron. Mucho más al asomarse al portal, oscuro y fétido; al subir hasta un tercer piso por la escalera angosta y deslucida, y al penetrar en la vivienda, reducidísima. ¿Y aquello era Madrid? ¡Cuánto mejor la ciudad lejana, de la que tantas veces renegaron, alimentando, como un ideal risueño, la perspectiva del vivir cortesano!

Mientras los mozos subían el equipaje y lo colocaban a golpes, con groseros modales, como barruntando ruin propina, Adelita, la nena mayor, se echó a llorar. Sus hermanos imitaronla pronto. Fue aquel un desconcierto de berraqueos y gemidos. Quintín, el padre, se forció el sombrero de un marionetón.

—¡Pues sí que estamos satisfechos!... Por algo no tenía yo interés en venir...

Pero Cándida, la madre, que apareció en aquel momento, supo arreglarlo todo. Dió un azote a un chico, besó a otro; a Adelita le hizo atinadas reflexiones, prometiéndola llevarla al Retiro, y a Quintín le empujó hacia el comedor, la habitación menos revuelta, diciéndole:

—Anda, quítate de en medio y déjame a mí. Los hombres no sirven para estas cosas. Siéntate y no te preocupes de nada.

En un revuelo pagó al mozo, regateándole la propina; extrajo de los baúles los objetos más imprescindibles, y, auxiliada por la doméstica y por Adelita, que ya se había tranquilizado, en menos de media hora quedó improvisada la cena y dispuestas las camas...

—¡Ea, ya está! Una noche se pasa pronto. Mañana, Dios dirá.

Cenaron de prisa. Los niños tenían sueño y estaban malhumorados por el cansancio del viaje. Cándida los acosó cuidadosamente, arrullando a los pequeños hasta que quedaron dormidos. Cuando volvió al comedor, ya no estaba Quintín. Hallóle en la alcoba, aun despierto, pero mirando a la pared, como sin ganas de hablar. Sonrió, optimista: «Ya te amansarás». Y se entretuvo largo rato sacando ropa de los baúles, desarrugándola en lo posible, guardando unas prendas en los armarios, colgando otras en

las perchas. En las idas y venidas de su trajín vió desde la puerta de la cocina que la muchacha se había quedado traspueta, de bruceos contra el fregadero. La zarandeó suavemente.

—Anda, acuéstate, Crisanta. Estás rendida. Mañana madrugaremos para arreglarlo todo. Yo te ayudaré.

Ya estaba en Madrid. ¡Su Madrid del alma! Cerca de doce años habían transcurrido desde que abandonó la corte, recién casada con Quintín, para seguirle al oscuro rincón provinciano donde vegetaron hasta entonces... ¡Qué largos días, qué interminables años los primeros, hasta habituarse al cambio de vida! Cándida

Unas oposiciones brindáronle la resolución del arduo problema. Ganó plaza, y con ella el menérgo necesario para sostener la familia recién constituida. Ya tenían pan, pero a cambio de renunciar a la gloria. Lloró Quintín la muerte de sus preciadas ilusiones. Animábale Cándida, ocultando su propia amargura.

—Ya volveremos a Madrid. Una permuta, una nueva posición. ¡Quién sabe! Mil medios hay para lograrlo. Y entonces, a luchar y a vencer.

Pero él movía la cabeza tristemente.

—No trates de engañarme. Demasiado sabes que no es posible. Soy un fracasado, un vencido...

Los años fueron borrando la huella dolorosa. Alejado del yunque donde se forjan nombradías, dejó de sentir la comezón del triunfo. Se aburguesó en espíritu y en cuerpo. Cumplía sus deberes burocráticos y dedicábase después a distraerse. Pronto tuvo su «peña» en el casino. Hízose formidable tresillista. Se habituó a «picar» en el baccarat y en la ruleta. A última hora tomaba unas copejas de licores, aun a riesgo de llegar a su casa un poco mareado. La rueda monótona del vivir pueblerino le cogió por completo en su engranaje.

Pero Cándida no había claudicado. Soñaba siempre con el retorno a Madrid, su Madrid, donde transcurrieron los años felices de niñez y adolescencia. De vez en cuando abordaba a Quintín:

—¿No has leído el periódico? Anuncia una vacante en Madrid, a la que podías optar...

El se encogía de hombros. ¿Para qué? Bien estaban allí. Más adelante, cuando los niños fuesen mayores, acaso... Y los años volaban, y la existencia desleíase en la zafia inconsciencia de los asesinos del tiempo. La oficina, el casino, las copejas... Un rutinario, un abúlico, un español.

Para mejor animarle, tratando de despertar sus entusiasmos dormidos, hablábale de los triunfos alcanzados por los que fueron sus amigos en la lejana época de lucha:

—¿Has visto qué éxito el de Spínola?... Dicen que es su mejor obra...

Quintín daba un puñetazo en la mesa que hacía retemblar los platos y asustaba a los chicos.

—¡Spínola es un animal de bellota! ¡Si lo sabré yo! Mil veces me dió sus cuartillas para que se las corrigiera. Ni ortografía tiene el muy bestia. Lo que ocurre es que la constancia y el tiempo hacen milagros. ¡Si yo hubiera seguido en Madrid!

—Pues a Madrid se vuelve. Con un poco de empeño que pusieras...

—No es tan fácil. No tengo ánimos para hacer nuevas oposiciones, y las permutas sólo se hacen a fuerza de dinero. Ayer, precisamente, me hablaron de uno que quiere permutar. Pero pide mucho.

—¿Cuánto?—inquirió Cándida, con voz temblorosa por la emoción.

—¡Un disparate! ¡Figúrate! Tres mil duros.

Los ojos de Cándida brillaron de entusiasmo.

LA PINTURA FRANCESA DEL SIGLO XVIII



EL NIPO, CUADRO DE FRANCISCO BOUCHER

Rezongó la fámula un «¡Buenas noches!», y encaminóse a su cuarto desatándose el mandilón. Cándida reanudó su tarea infatigable. Al entrar en su alcoba oyó a Quintín que roncaba. Debía de ser muy tarde. Un reloj de la vecindad dió dos campanadas. ¡Qué disparate! Aunque no tenía sueño, tuvo que decidirse a descansar. Pero antes no pudo resistir la tentación de asomarse a uno de los balcones.

había soñado una existencia muy diferente de aquella. Tuvo Quintín en sus mocedades ansias de artista, arrestos de poeta. Cuando se conocieron, literateaba él en varios periódicos y revistas, que, si no le pagaban los versos, prometían, en cambio, abrirle el camino de la celebridad. Después... se impuso implacable la prosa de la vida. Había que vivir, y la literatura sólo mantiene a los que llevan largos años de ofrendar en sus altares.

—Puedes entablar negociaciones. Cuenta con ese dinero.

—Pero ¿cómo? ¿Tú tienes tres mil duros? ¿De dónde los has sacado?

—De mis ahorros. ¿Sabes tú lo que es una mujer cuando se siente hormiguita?

Fué preciso gestionar la permuta. Pero Quintín no estaba satisfecho. La fuerza de la costumbre se había impuesto a sus ambiciones pretéritas. Habían transcurrido muchos años, y la perspectiva de la lucha le aterraba ahora tanto como en otro tiempo le anonadó la idea de desertar. Tuvo que despedirse de su «peña» del casino, en la que pasó tantas horas imborrables de chismorreos y murmuración; de los amigos juntos a los cuales dejábase desplumar en la «sala del crimen» y bebía las coqueas de última hora.

Conforme aproximábase a Madrid sentía más la nostalgia del bien perdido y reconocíase menos apto para el esfuerzo que tácitamente parecía haberse impuesto al retornar a la palestra. Acababa de cumplir cuarenta años; pero su espíritu tenía veinte más. Era un viejo. No podía intentar siquiera el resurgimiento de sus afanes literarios. Le faltaban energías, acometividad, y, sobre todo, confianza en sí mismo; la fe poderosa que allana obstáculos y pulveriza las montañas.

Cándida no veía nada de esto. Sentíase joven, más joven que nunca, y pensaba que a su marido le sucedía igual. Asomada al balcón de la recóndita calleja, recordaba los días tan lejanos, y, no obstante, tan próximos por la fuerza evocadora del recuerdo. Sus padres, que ya no existían; la época del noviazgo, tan plétorica de conrosadas ilusiones; los primeros tiempos de vida matrimonial, con sus zozobras y sus amarguras, basadas en la falta de medios económicos. Hasta que, al fin, resolvieron el problema, aunque a costa de carísimos anhelos.

Ya estaban de vuelta. Cándida sonreía al cielo, al paredón frontero, a las luces titilantes del alumbrado público. ¡Ya estaban de vuelta! Su primera visita, no bien se levantasen la mañana siguiente, sería para dar gracias al Cristo de la Fe, que tan cumplidamente había colmado sus deseos. Era Cándida, desde su mocedad, ferviente devota de la imagen, y en cada un templo escondido en barriada vetusta y silente.

Un mundo de recuerdos trafa a su memoria el crucifijo, a cuyos pies oraba de jovencita, pidiéndole un porvenir de bienandanzas. Saliendo un día de rezarle conoció a Quintín. Había publicado éste por entonces un tomo de versos—el primero y el último de una serie que pudo ser extensa y murió en flor—, y alguna revista ilustrada dió su retrato, con un elogio al libro. Cándida fué dichosa viéndose pretendida por el poeta, y su devoción al Cristo creció por momentos. Más tarde, cuando las circunstancias impusieron la ausencia, juntos fueron a la iglesia recóndita para implorar la intercesión de la imagen. Y en los años de vida provinciana, el recuerdo del Cristo de la Fe sirvió a Cándida de señuelo y lenitivo. Cada moneda ahorrada, pensando en el retorno, era un nuevo motivo de gratitud. «El Cristo me ayudará a volver!» Y así había sido. Lo menos que podían hacer era darle las gracias.

Muy de mañana se vistió, dando comienzo al quehacer doméstico, acentuado por el acoplamiento al nuevo domicilio. Pero el entusiasmo de Cándida era tal, que decuplicaba sus fuerzas, y, ayudada por la doméstica, pudo casi dar cima a los trabajos antes de que se levantasen los niños. Quintín, que no se posesionaba de su destino hasta el día siguiente, estaba dispuesto a salir no bien tomase el desayuno.

—¿Quieres que salgamos juntos? —le dijo Cándida—. Tenemos que hacer una visita...

Quintín se encogió de hombros, sin entrar en averiguaciones. Prefirió Cándida

no confiarle sus propósitos. Le veía preocupado, y algo adivinaba de lo que en su alma sucedía. Por eso puso empeño en ir acompañada de él, convencida de que el poder evocador de la visita serviría de eficaz revulsivo en sus tribulaciones. Era mejor no decirle nada, dejarle sometido a la influencia del ambiente y de los recuerdos.

Anduvieron silenciosos largo rato. Cándida se había cogido del brazo de Quintín y recreábase con el espectáculo callejero, tantas veces añorado en la lejanía. Los pregones, los vehículos, la gente activa y vocinglera, los dicharachos de la chulería, las actitudes chocarreras de los hombres-anuncios...

—¡Qué hermoso es Madrid! ¿No estás entusiasmado, como yo, Quintín?

—¡Claro que lo estoy!

Su gesto no parecía delatarlo. Así llegaron a la iglesia. Cándida miraba a su marido para observar las impresiones que recibía. Le dejó a los pies del templo y avanzó sola hasta el altar de la imagen veneranda. Allí estaba su Cristo adorado, al que tantas bondades tenía que agra-

decir: marido bueno, hijos sanos, sueldo seguro, salud y tranquilidad. Y por si esto fuese poco, el retorno a Madrid, donde otros anhelos de honda raigambre pudieran tener realización. Oró un rato bajo el Cristo, que parecía mirarla con ojos de protección amorosa.

Cuando salió se limpiaba una lágrima con el pañuelo. Quintín la esperaba junto a la pila del agua bendita. Allí mismo estuvo, años atrás, el día que la siguió por vez primera, ofreciéndole los dedos humedecidos en el líquido santo, a hurtadillas de la señora de compañía. Los años habían transcurrido sin disminuir la ilusión de Cándida. Quintín estaba medio calvo, barrigón, desvaído; pero a ella se le antojó tan apuesto como entonces. El también, de seguro, se habría dejado influir por aquel mundo de recuerdos. ¿Qué diría cuando estuviesen en la calle? Cándida estaba deseosa de oírle.

Y, en efecto, Quintín habló:

—Oye, ¿se puede saber para qué me has traído a esta iglesia tan oscura y que huele tan mal?...

Augusto MARTINEZ OLMEDILLA

Los poemas blancos

Las fuentes del silencio

Hermana: el silencio tiene una elocuencia inefable; dice las cosas pequeñas que no pudieron contarse; ¡todas las divinas cosas que jamás ha dicho nadie!

Habla de amor en la noche con su voz alada y suave, y es su palabra en las rosas tan sólo el rumor del aire, bajo la luz melancólica de las estrellas distantes.

Las promesas son silencios de indecisas realidades; es un silencio el Amor —divinamente inefable—, y es la Muerte otro silencio ¡que no ha interrumpido nadie!

Hermana: la noche borda maravillas siderales con los hilos invisibles de sus luceros. Distrae su ocio blanco el surtidor en un ensueño distante...

Nada se oye... Por las sendas del jardín no cruza nadie. Toda la noche está inmóvil, maravillada y fragante.

Pero hay una melodía inmortal, que se deshace en silencios, como perlas fragmentadas en el aire.

Escucha: el silencio tiene una elocuencia inefable. Y la palabra más bella ¡es la que no dijo nadie!

Remember

Alma mía: ¡Remember! Llegó por fin el día de cubrir con crespones fúnebres tu alegría.

Espanta a los fantasmas de tus horas antiguas; deja la mascarada ruidosa de la vida.

Haz en tu frente una cruz de polvo y ceniza y ensaya el vuelo hacia la teologal teoría.

Tras el cristal la estrella que brille blanca y viva, para que ella ilumine tu ascensión infinita.

Alma mía: ¡Remember! ¡Miserere! alma mía.

Haz oración, medita.

Ha llegado el balance de las cuentas antiguas.

Abre los pergaminos del libro de tu vida y escribe, como Kempis, la página de tu melancolía.

Ernesto LOPEZ-PARRA

Veraneantes a la moda

Todo el que sale de Madrid dispuesto a pasarse una temporada en alguno de los infinitos puntos veraniegos que ofrecen mar, diversiones y pulgas, debe, ante todo, ir preparado a observar el «Manual del perfecto veraneante» y a no salir de lo que sus leyes dictan, porque si tal hace es hombre perdido, al que no guardará ninguna consideración ni el camarero del hotel en que se hospede.

Un veraneante en playa aristocrática o simplemente cursi, pero con pujos de aristocracia, tiene que comprender la enorme diferencia que existe de pasar el verano en poblaciones asfaltadas y con tiendas que ostentan las muestras de «Robes», «Chapeaux», a pasarlo donde impera la alpargata y como toda versión se ofrece el beber dos o tres va-

sos de agua clara a unos cuantos kilómetros del pueblecillo donde se mora.

Hay ciudadano que, por no darse perfecta cuenta de esto, se lanza a la calle vestido con cierto desaliño, y al regresar a su fonda halla a los compañeros de hospedaje en cierta actitud hostil, como si alguien hubiera aprovechado su ausencia para calumniarle, atribuyéndole un desfalco o simplemente un asesinato.

—¿Qué hay, señores?

—¡Nada!

—¿Se ha paseado?

—¡No!

—Pues yo he estado en la playa y hasta me ha parecido verlos a ustedes.

Los aludidos directamente también vieron a su compañero de fonda; pero,

no satisfechos de la indumentaria descuidada que llevaba, se hicieron los desentendidos, pues ellos no se han gastado su dinero en ir a una playa de moda para luego dejarse saludar por un tipo mal vestido.

—No le hemos visto a usted.

—Me marché porque hacía demasiado calor.

¡Demonio de hombre! Va a un sitio en el que oficialmente hace fresco y él se lanza atrevidamente a sentar una afirmación contraria. Hay veces que los compañeros de semejantes seres pueriles deberían denunciarles a las autoridades como atentorios a la fama de que goza la población veraniega.

En cambio de esto, qué agradable, qué amada le es la vida al que se atiene en todo al referido «Manual».

—¿Qué hay para hoy?

Esto equivale a decir: cómo nos divertiremos hoy de orden de las autoridades, de la Comisión de festejos o de la Junta de mangoneadores. Porque esta es una de las cosas de más gracia en los puntos de veraneo: la creencia que se tiene de que todo el que llega es un perfecto idiota que no sabe cómo arreglar su vida de playa y hay que darle resuelto el problema, colocándole a la fuerza el programa de la jornada.

—Hoy todo el mundo bien va a esa función que se da en el teatro a beneficio de los pescadores picados de viruela.

—¡Ah, entonces!...

Y aquel hombre, que se ha pasado diez meses en Madrid, metido entre cuatro paredes, sin respirar más aire puro que el procedente de un fuelle, con el que le soplaban la criada los domingos por la mañana, y al que ahora le sentaría divinamente hallarse en plena Naturaleza la temporada veraniega, hace la tontaría de seguir el programa oficial y meterse en un teatro por la tarde, llevando camisa planchada, traje de paño con chaleco y sentándose en butacas de terciopelo.

—¿Qué bonito está el teatro!

—Precioso. No hay como veranear para ver tanta gente *chic* reunida.

—Pues los de Ortiz han dicho que en vez de venir al teatro iban a pasar la tarde bebiendo sidra en la isla.

—¡Uí, qué cursis!

—Como que no se comprende a qué vienen aquí gentes así, de gustos tan sencillos.

—Sí, sí; podían quedarse en Madrid e irse al Retiro.

Los verdaderos elegantes veraniegos no discurren por sí, no buscan en su imaginación el modo de pasarlo agradablemente. No. Por eso se les ve metidos en el teatro, en el casino, en conciertos y merendando en sitios donde no pueden rebullirse.

—No se puede usted figurar lo bien que lo estamos pasando. Esta noche hay cotillón.

¡Sea todo por Dios! Bailar cotillón en pleno agosto, no olvidar que existe el *smoking*, y sudar y más sudar agarrado a una muchacha, constituye el veraneo de muchos, que así se sienten satisfechos, y a los cuales dan ganas de decir: «Pero usted, ¿a qué ciruelos ha venido aquí? ¿Cree usted que ese mar y esas montañas y ese aire están hechos por la Naturaleza para que usted se meta a dar vueltas al son de un vals cursi? ¡Es usted indigno de veranear más allá de la plaza de San Marcial! ¡A quitarse ahora mismo el *smoking* y a sentarse en la arena de la playa! ¡No faltaba más!»

Pero no se les dice, y ellos siguen satisfechos, haciendo la misma vida que en Madrid, o peor aun.

Y es que Dios da pañuelos... a una serie de cursis que no saben ni para qué tienen las narices...

A. R. BONNAT

ROMERO DE TORRES, EL IMAGINERO DE CÓRDOBA

IMAGINERO, no simple pintor, ni mucho menos fotógrafo prolijo. Imaginero espiritual, que por la ventana de su pueblo se asoma al mundo. Tal Romero de Torres.

La nube fugaz, el momento impreciso, la impresión, no cuentan. Lo que importa, en definitiva, es la razón, la norma, la síntesis, el concepto. Un cuadro de Romero no sugiere nunca una realidad pasajera. Su perspectiva ideal no se circunscribe a lo que pueden ver los ojos y repetir la mano, siguiendo atentamente la línea anatómica del modelo vivo. Su pintura se inspira del recuerdo e impone a la contemplación del espectador un símbolo alegórico. De ahí su fuerza.

No pinta seres de carne y hueso, sujetos al tránsito efímero de una vida circunstancial de todos los días. Pinta imágenes, representaciones. Sus retratos nunca son la exaltación de una persona, sino la justificación de un tipo; no resalta los rasgos fisonómicos individuales que más le puedan distinguir; antes bien, afirma las cualidades que le clasifican en una raza; acusa y releva lo genérico. Huye de lo pintoresco y lo anecdótico, buscando lo eterno. Por más resumir y condensar, suprime el movimiento y fija las actitudes en el canon augusto que mejor las define, reduciéndolas a término supremo.

Ved, si no, cómo descubre el espíritu verdadero de Andalucía. La clásica. Que no es la mora.

Andalucía tiene una luz de profundo cielo azul, que el verde gris de los olivos temple y difumina, cuando lejos de ella, presente a la memoria, no nos calcina el entendimiento la fuerza del sol batiendo contra el enjalbegado. A esa luz, se ven los más puros horizontes.

Las figuras cobran entonces consistencia de tallas escultóricas y el paisaje prestigio de estampa. Una mujer con capa roja, que del hombro le cae hasta arrastrarle en cola por el suelo, adquiere la virtud romana de la *larga* de Lagartijo. Gracia nativa, que no aprendido además; es decir, revelación de la raza antigua en el continente estatuario.

En Córdoba el Guadalquivir corre bajo romana puente. He aquí que Romero de Torres, sin más arma que el pincel ni más escudo que su paleta, emprende—¿lo sabe?—la segunda reconquista contra el árabe suptador del romanismo.

¿Quiere decir esto que a conciencia prescindía de una verdad tan inconcusa como lo es, sin duda, la amalgama mora que ha contribuido a delimitar en el tiempo la imagen histórica de Córdoba? En modo alguno. Este pintor no rehuye ningún elemento esencial, característi-

co; pero sólo le complace y acepta como regla tradicional el estilo puro. No equipara lo meramente decorativo, lo accesorio, a lo fundamental.

Córdoba, pues, en los cuadros de Romero de Torres aparece asentada sobre firmes cimientos romanos; la serena filosofía de un Séneca, la grave pompa de un Lucano, la feraz ironía del latino

de Romero en los ojos, tremendamente negros, de esas mocitas pálidas—con mantilla sin armar en alta peina, en la mano el devocionario—o en las carnes tostadas de las gitanas desnudas.

De esa fusión del arquetipo romano con el más rico Oriente surge en el espíritu del pintor el bizantinismo depurado, que no ve de primera intención, a

de una gitana, cuyo rostro apasionado, negra la mirada inmensa en la faz morena, vigoriza varonil barba judía. No creo que pueda pintarse Cristo más español.

Refinada sensualidad, robustecida por el hieratismo de la línea; luz crepuscular, cuya templanza humaniza el sentido filosófico de la alegoría. Sereno dolor. Conciencia sutilizada. Noble continente. Córdoba, imagen de la vida española.

En esa luz plateada, en ese ambiente de tamizada espiritualidad, el eco de una copla. Es tal vez esa hora crepuscula e indecisa en que Merimée vió las cordobesas ninfas bajar al río a lavar sus pecados al melancólico son del Angelus. Hay una mujer sentada. ¿Se llama Carmen? Si no, se llamará Angustias. O mejor, Soledad. Tiene la guitarra sobre las rodillas, cruzadas las manos sobre la guitarra, y al brazo el manto—reina es de mantón. Tiene una pena negra, como sus ojos; la copla lo dice y el viento lo corre, un vienteillo liviano, cargado de azahares y malos pensamientos. Con la mirada desdeña, y abandona, en cambio, los hombros a la caricia del galán.

Al galán se le crispan los dedos. ¿La va a ahogar de una vez por todos aquellos achares que la copla miente? El corazón se le escapa en una maldición que apenas si los labios modulan. Tercida la capa al hombro, echado hacia adelante el sombrero cañí, el enamorado jaque dice su última palabra.

Ved el fondo. Se ha cumplido el sino de la copla triste. Tendida en el suelo yace Angustias, herida de muerte. Su novio tiene en la mano la navaja justiciera, y en su huida, arrastrando la capa, hay cierta prestancia de buen torero, como Escamilló; de caballero renegado, como D. José. Mosú Barrés, que pasaba en el tren con rumbo a la feria de Sevilla, ha visto desde la ventanilla de su coche la sangre, la voluptuosidad y la muerte de que se tiñe el campo de Córdoba con la música de esta copla.

Esta historia no es verdadera. Por más que la copla lo diga en boca de los fieros rondadores que dan el alerta todas las noches por las cien callejas de Córdoba, guardando a sus ardientes sultanas, que esperan metidas entre rejas, velada la luz de sus ojos por espesa celosía, la hora terrible en que su novio las clave un puñal en el pecho.

Sangre, voluptuosidad, muerte y espíritu puro, que alienta en el cante hondo. La sultana de Córdoba, fina y esbelta en los pliegues de su túnica, arranca con sus largos dedos a la caja de Pandora el legendario y trágico secreto de la copla andaluza.

G. RIVAS CHERIF



LA COPLA ANDALUZA, MARAVILLOSO CUADRO DEL MAESTRO CORDOBÉS

Góngora le dan prosapia. Córdoba la sultana no adolece de esa languidez decadente que el vulgo adjudica a todo el Islam, juzgándolo por sus exhaustas ruinas. Parece como si la sola robustez de sus fundamentos bastara a dar a su arabismo una consistencia que le falta a los más airoso ajimeces de la Alhambra.

De la Córdoba mora es esa tristeza profunda, ese ardor místico, esa hondura de alma que trasciende a la pintura

buen seguro, el turista que vaga encantado por las callejas de Córdoba, pero que late en su atmósfera ideal, emanada de tres civilizaciones. En ese bizantinismo ha hallado, quizás, cabal expresión el concepto pictórico de Romero de Torres. Ultimamente, un acaudalado propietario encargó al pintor cordobés un Cristo para el retablo de su capilla. Romero de Torres, con genial inspiración, cuentan que imaginó la divina figura copiándola del cuerpo armonioso

Romerías andaluzas



Las carretas del Rocío.

UNA de las manifestaciones más típicas y características del pueblo sevillano son sus romerías.

En ellas se hermanan con el arte ingenuo la gracia nativa, con el jolgorio regocijado la fe más acendrada, y con el ingenio natural la sabia alegría confortadora.

Se celebran de la ciudad y los pueblos a los santuarios benditos que levantan la creencia en pleno campo, entre pinares y viñedos, olivos y encinas centenarios, bajo un sol que se derrama en oro y pedrerías y un cielo purísimo y refulgente.

La leyenda y la tradición constituyen el tesoro espiritual de estas fiestas, a la vez místicas y paganas; al mismo tiempo florecer sentimental del corazón, que se desborda en plegarias y oraciones, y exaltación de los sentidos, que se traduce en coplas y bailes peregrinos.

Y es el milagro la antorcha que mantiene por todos los tiempos encendida la fe de esta gente, tan sana y tan sencilla como crédula y pasional.

Las romerías son la gracia y la fe del pueblo hecha músicas, cantares y oraciones.

Tienen lugar en todas las épocas del año con el mismo sabor alegre y popular: en otoño, a Consolación de Utrera y al Señor de Torrijos; en invierno, a Valme, en el cortijo de Cuartos, y en primavera, al Rocío, entre los pinares y marismas de Doñana. A la Virgen de Utrera, que encontró un pastor y que, trasladada a un convento, hizo arder perennemente las lámparas votivas; al Señor de Torrijos, descubierto por una gallina entre las duras rocas de un muro centenario; a Nuestra Señora de Valme, que hizo brotar agua de la tierra seca, suficiente para apagar la sed del ejército de San Fernando en espera de la conquista de



Camino de Consolación de Utrera.

Sevilla; a la Virgen del Rocío, en fin, aparecida a un campesino en hora de bienaventuranza y salud de los campos.

Y a todas ellas va el pueblo con las mejores galas de su alma y los más clásicos y vistosos atavíos de su cuerpo. Va en espera de nuevos dones del milagro

vos y jacarandosos. La caravana, en el despertar de los caminos, es como una fiesta al renacer de la alegría de entre las sombras de la noche y los corazones dormidos.

A su paso bullanguero parece que se esclarece aún más la luz, que despierta



Romería de Torrijos.—Un alto en la marcha.

del Santo o en ofrenda de gratitud por los que en instantes de tribulación y desgracia recibiera.

Y va en carros y carretas, que adornan con sábanas blancas, encajes, sedas y flores, o jinetes en briosos caballos, alti-

en las cosas todas sus gracias y aviva sus líneas y colores. Y el día se hace más jocundo, y la soledad más sonora y llena de armonía.

La Musa popular, que es como el aroma del sentimiento de la gente, señora



Junto a la Virgen de Valme.

en la música y en la donosura de los cantares, que van por el viento como bandadas de palomas celosas y enamoradas.

¡Mira qué bonita era; se parecía a la Virgen de Consolación de Utrera!...

O canta con alegre arrogancia:

La carreta del Cano
va pa Torrijos;
ha subido la cuesta,
no s'ha caído.
¡Viva mi carro!
Ha subido la cuesta,
no s'ha volcado.

O bien:

La Virgen del Rocío
lleva en el hombro
un ramo de claveles
de plata y oro.

Cantares como flores de los campos, de sanos perfumes penetrantes.

En las blancas ermitas, los romeros parecen ungidos de santidad, y efluvios del sentimiento más generoso se alzan del corazón a los labios y a los ojos haciéndolos rezar y llorar. Y son las ofrendas y las plegarias los más claros testimonios del fervor de este pueblo niño.

Después, nuevos cantares, vino, bailes y alegría. Y ni una sola sombra de odio ni de rencor. A lo más, se hacen heridas con la chanza o la ironía, que son flores del ingenio.

El amor y la donosura y el regocijo reinan entre el pueblo romero, y sus reinados son de paz y de ventura. Por eso las romerías dejan a su paso como una estela luminosa de salud, de redivivas gracias y de gloriosos amores inmortales.

J. MUÑOZ
SAN ROMÁN

Fots. Serrano.



La Virgen de Regla bendiciendo el mar.

EL ORO

El rey Midas era rey de un pueblo muy antiguo que se llamaba Frigia, y era, además, hijo de la diosa Cibele; de esa misma que está retratada en la ídem con el carro, los leones y la corona almenada en la cabeza.

El rey Midas tenía muchísimo dinero, porque se lo había dejado en herencia su mamá. Tanto dinero tenía, que no estaba contento con su fortuna y quería aumentarla a cada paso.

Gastar, gastar a todas horas es lo que el rey deseaba; poder comprarlo todo; pero tener las arcas repletas más y más, conforme más sin tino gastara. Reunir en su palacio todo el dinero de la tierra y todo lo que se puede comprar con el dinero.

Una fuente de oro, un manantial; una varita mágica para convertir en oro todo lo que tocara con ella. Esa era la ilusión constante, el pio eterno, el afán que atormentaba con su obsesión las horas del rey Midas.

Un día el centinela de su parque detuvo a un individuo que pasaba por la carretera escandalizándolo y hecho un puro tonel—con perdón sea dicho.

El rey, que a la sazón paseaba por los jardines de su casa, vió la detención del vagabundo, y al acercarse lanzó una exclamación de sorpresa y respeto; el detenido era Sileno, nada menos que el viejo Sileno, el que había criado al dios que los romanos llaman Baco y los griegos Dionisos; un personaje de lo más principal y enconpetado.

Sileno venía de una procesión en honor de su ahijado, y en ella se había emborrachado el padrino. ¡Un día es un día, qué caramba!

(Hay que tener en cuenta que en las procesiones de entonces—como también ahora en algunas—era de ene la embriaguez, por ser Baco, entre otras cosas, dios del vino, y el vino, por lo tanto, un líquido sagrado, un elemento indispensable para el culto.)

Pues bien; Sileno el viejo se había echado al cuerpo una respetable cantidad del sabroso caldo sagrado, y como andar en fila y estar ebrio son dos cosas incompatibles, se había salido de su puesto en el cortejo, había perdido a la comitiva sin darse cuenta y... allí estaba.

Diez días lo tuvo el rey en su palacio, tratándole con todos los honores y ofreciéndole el añejo mejor que se encontrara; un vino que estaba en las bodegas desde el mismísimo año del diluvio, regalado por el propio Noé.

Tan agradecido quedó el viejo Sileno por la hospitalidad obsequiosa del rey Midas, que le dijo:

—Quiero concederte algo en pago de tu amabilidad. Pídemela una cosa y se te logrará, sea lo que fuere. Tengo suficiente influencia para ello.

El rey, entonces, le confesó la aspiración única y absorbente de su vida: fabricar oro, producir oro a manos llenas, pero sin trabajar, por supuesto—esa era la gracia—y sin hacer moneda falsa. Cavilaciones a él, de ningún modo: tener oro por magia, convertir en oro cualquier cosa con sólo tocarla.

—Pues nada, ¡concedido!—le respondió Sileno—. Desde mañana mismo, podrás convertir en oro cualquier cosa no tendrás mas que tocarla.

¡Oh, felicidad!... El rey Midas se durmió aquella noche soñando que jugaba al chito con doblones.

Pero a eso del amanecer comenzó a dar



vuelatas en la cama sin encontrar postura cómoda. Los colchones se le habían vuelto de oro y estaban duros como piedras; las almohadas, aunque de sutilísimo tisú, raspaban la cara del rey Midas, y las mantas y sábanas, de oro también, pesaban un quintal y le asfixiaban.

Pasó dos horas soñando pesadillas, y al despertar no se fijó en el peso de las sábanas ni en la dureza del lecho, porque su primer pensamiento fué para recordar que estaba ya en el día fijado por Sileno para cumplir lo prometido, y se tiró de la cama, sin parar mientes en nada y sin más pensamiento que abrir las ventanas para que entrara la luz y comprobar si se realizaba el prodigio.

Tocó una mesa, y, ¡zas!, de oro en el acto. Puso un dedo en la pared, y, en el acto, un trozo de oro incrustado en la pared, lo mismo que las trufas en la cabeza de jabalí y en la lengua a la escarlata. Cogió un trapo cualquiera, y al momento mismo de tocarlo, cátaelo convertido en estopa del oro más de ley y más auténtico.

—¡Así da gusto!—gritaba—. ¡Bravo, bravo!

Loco de regocijo, fué a calzarse para salir de la alcoba y repetir el experimento por el jardín, por los salones, por las cuevas, cuando al coger los borreguiles vió que se le hacían de oro también.



Hombre, no—dijo riendo—; el calzado no hace falta que sea de oro; la gámuza es más suave y más cómoda; y soltando aquellos borreguiles fué por otros; pero se le volvieron de oro también en cuanto los cogió para ponérselos.

—Bueno, pues no quiero borreguiles de oro, ¡jea! Saldré descalzo. Así como así,

tengo un calor tremendo.

Tenía calor porque el camión que llevaba era de oro; pero él no se había dado cuenta de ello todavía,

porque como le abrigaba y pesaba de aquel modo, creía tener sobre los hombros la dalmática o peñador que solía echarse a primera hora para «saltar del lecho», como decían entonces las gentes de posición, imitando los modismos de las Galias.

Cuando la servidumbre le vió salir al patio en facha semejante se quedó estupefacta. Después, cuando vió que su majestad empezaba a tocar cositas con el dedo y a dar brincos y zapatetas a cada cosa que tocaba, creyeron que se había vuelto loco o que le duraba todavía el efecto de los brindis cambiados con el huésped el día anterior, al despedirse.

Y no digamos luego: cuando vieron que el rey se acercaba a la guardia—veinte negros en fila, ébano puro—y les iba tocando en la nariz uno por uno; cuando vieron que se iban volviendo doradas las narices de todos conforme las tocaba, y que el rey se tiraba de risa al verlo, los siervos se miraron de reojo y se dijeron: «¡Zeus, Zeus, este hombre se ha vuelto loco de remate!»

Fué a beber el rey para que se le calmara la risa y tuvo que escupir el agua más que a paso, porque se le hizo en la boca oro fundido.

són, exclamó aterrorizado y tembloroso de inquietud:

—Pero ¿se me irá a convertir en oro todo?...

¡Ay, infeliz!... Sí, todo; todo se le convertía en oro al rey Midas. Oro se le hicieron, en cuanto el rey los tomó en sus manos, unos higos fresquitos, recién cogidos en el huerto, que le esperaban, para desayunar, en la mesa del jardín, bajo la parra; oro, unos racimos de uva que daba gloria ver; oro, el sudor, y oro, la frente, cuando se pasó la mano por ella, acometido por angustia mortal; oro, el frondoso y gigantesco árbol donde hubo de apoyarse para no caer al suelo desmayado...

Su hija, que acababa de levantarse en aquel momento, apareció, corriendo, para saludar a su papáito.

—¡Hija mía! ¡Qué desgraciado soy! Y antes de que hubiese acabado de decirlo, ya estaba su hija convertida en estatua dorada.

¡Qué horror!... Se cubrió el rostro con las manos, y por de prisa que quiso retirarlas, ya tenía la cara entera de oro... Así pensaba verse, el día de mañana, cuando hicieran en su honor un monumento de oro macizo; pero servir él, con su propio cuerpo, para monumento de sí mismo, ¡no!... Aquello era insufrible... El grandísimo zorro de Sileno se había burlado de él malamente...

Y el rey Midas puso pleito a Sileno.

—Yo le concedí lo que pedía.

—Yo no le pedía lo que me concedió.

—Es que él estaba borracho y no se explicaba bien.

—Es que él estaba borracho y no entendía.

—Yo te prometí que podrías hacer de oro las cosas sólo con tocarlas. ¿No es eso lo que tú me pediste?

—Sí; pero cuando a mí me diese la gana, no siempre.

—Eso ya no es pedir una cosa; eso es pedir dos. Hacer las cosas de oro y hacerlas además sólo en los casos que a uno le convenga, Midas, hijo mío, dispensa la franqueza, pero eso es pedir gollerías. Yo no tengo influencia para tanto.

—¡Eres de oro, Sileno!—dijo el rey amoscado.

Por eso desde entonces se dice de una persona que «es de oro» cuando es de lo más peor que se cría.

Sileno, por fin, quiso enmendar el zafarrancho, y dijo al rey:

—Todo este trastorno ha venido por estar los dos borrachos. Lo que el vino trae el agua lo quita. Las aguas del río Pactolo volverán a su ser todas las cosas que se te han convertido en oro.

Y como, por lo visto, la causa de todo el mal había sido el vino, el agua debería remediar el perjuicio.

Y, en efecto, el rey se chapuzó en el río Pactolo y fué rociando con sus aguas todos los objetos del palacio. Gracias a este bautismo volvieron todas las cosas a su ser; el rey se libró del embrujamiento, y en lo sucesivo se curó de la manía del oro; de tal modo, que ni siquiera pudo resistir que sus doncellas se lavaran con agua oxigenada los cabellos.

Esta es la conocida historia mitológica del rey Midas y esta la explicación de que, mezcladas con las arenas del río Pactolo, haya, desde entonces, menudos granitos de oro puro.

Por la narración,
Manuel ABRIL

Dibujos de BARTOLOZZI.

IMPRESIONES DE UN LECTOR

EL MAL METAFÍSICO

No, querido e ilustre amigo Manuel Gálvez. No creo que el parecido de un asunto dañe verdaderamente a un libro. Ni tampoco, al referirme a su interesantísima novela *Nacha Regules*, quise deprimirla aludiendo a su evidente semejanza con *Resurrección*, de Tolstoi. Hay asuntos eternos, asuntos que palpitan como latidos del gran corazón invisible, y que todos tenemos derecho a refundir en nuestra forja. La redención de la mujer caída es uno de esos temas inmortales, cuyo tipo inicial está en María de Magdala y en María Egipcíaca, transfiguración de la alejandrina Thais.

Esa cuestión del plagio es una preocupación relativamente moderna, nacida de la irreverencia individual con que se atentó contra la inmovilidad y persistencia hierática de los viejos mitos. El tema eterno (Orestíada, Edipo, Fedra, etcétera) es una noción divina, sobre la cual los poetas bordan su comentario, como intérpretes o escoliastas de la inmortal pasión. Obsérvese cómo las dos palabras capitales de la creación poética, las palabras *pasión* e *inspiración*, indican ambas un estado pasivo, la sumisión al influjo de un espíritu inmortal, eternamente idéntico, ajeno a los hombres, aunque siempre renovado en su expresión por los hombres.

Nacha tiene una innegable existencia, y vos se la habéis dado, amigo Gálvez. En cuanto a los tipos episódicos, ¿puede hacerse de ellos mayor elogio que encontrarlos semejanza con otros que perviven en el mundo, legado por el arte a la fantasía, como espectros que dialogan con nosotros en nuestro aparente soliloquio y son convencinos de nuestra ciudad interior? Uno de ellos pasa ante vosotros evocados en tal página, y le miráis fijamente, reconociendo en él una vieja amistad... ¡Tomad! ¡Si es la imagen misma de Delobelle, el padre de la pobre Desirée, que muere en una página sentimental de Alfonso Daudet! Y Delobelle, ¿no parece hermano de aquel Micawber que animó Dickens en su *David Copperfield*? En cuanto a una de las proxenetas de Nacha, que tiene una duplicidad estrafalaria de existencias, ya que junta la respetabilidad a la infamia, ¿no nos ha sugerido un personaje análogo de *La Terre*, esbozo de la Mrs. Warren de Bernard Shaw?

Pero dejemos ya ese tema enojoso. Si la doctrina vulgar del plagio debiese prevalecer, ni Shakespeare, ni Racine, ni, en parte, el mismo Goethe serían originales.

He leído ya vuestras dos novelas *El mal metafísico* y *La sombra del convento*. En ambas me ha deleitado la evocación de una vida colectiva que desconozco; me parecen vivamente representativas, la primera, de la emulación europea en la nueva gran metrópoli sudamericana; la segunda, de la conservación intacta del alma española en las regiones argentinas del interior.

El mal metafísico me ha parecido una lejana elegía del romanticismo. Con más propiedad: una elegía del *segundo romanticismo* moderno, el ultrarromanticismo de los decadentistas. Carlos Riga es un bohemio retrasado, y su lamentable historia—sin que en ello haya la menor sombra de plagio—es la del eterno *raté*, no sólo el *raté* literario, sino también el sentimental, el fracasado en su ensueño, en su amor, Bovy masculino, naufrago en un mar de alcohol,

a la manera de Poe, de Musset, de Espronceda.

... Las páginas van pasando rápidamente, bajo nuestra lámpara, en la calma nocturna. ¡Por Dios, querido Gálvez! Ese tipo catalán (¡un catalán que se llama Gutiérrez!) recuerda demasiado el catalán de *vaudeville* o de género chico, ¡y ni siquiera su acento está bien remedado! (El *non* es gallego o asturiano, jamás catalán.) No quisierais, ¿verdad?, que mi sangre catalana se resintiese...

Ahí van, al azar de la lectura, algunas observaciones que importa retener, no porque reflejen opiniones personales del autor, sino porque expresan el sentido estético de aquella sociedad a través de sus cenáculos:

«Los decadentes franceses jamás hubieran imaginado que su innovación literaria pudiera hallar su verdadera patria en los trópicos y constituir la expresión más natural del mulataje.»

«Del mismo Sarmiento no quedará casi nada. Los cincuenta y dos volúmenes publicados por sus parientes en complicidad con el Gobierno constituyen una vergüenza nacional. Artículos de diarios, cartas, malos discursos. Sarmiento no tiene más libro que el *Facundo*, y aun éste no puede ser más inorgánico. Es un folletín vulgar y mal escrito, alumbrado, a veces, por relámpagos geniales.»

«La señora tenía el orgullo de su familia. Se envanecía de contar entre sus ascendientes un caudillo del año 30; debilidad explicable, pues se trataba de un hombre que había contribuido a la organización de la República. Ciertamente para este fin había tenido el patriota que asesinar, saquear, robar e incendiar y que, según sospechas, no tuvo conciencia de la obra trascendental que realizaba. Pero la señora no daba importancia a tales pormenores insignificantes, y su orgullo crecía sin cesar por aquel ilustre ascendiente que figuraba en la historia con tan excelsa fama.»

«Nacha y Cata simpatizaban con la huelga. Gutiérrez (el catalán) la condenaba enérgicamente y aseguraba que en España no pasarían tales cosas, pues el Gobierno les habría dado *leña* a esa cáfila de golfos. Para él, todo se arreglaba a garrote limpio. ¡Leña, leña y más leña!»

«Era cosa corriente cambiar de opiniones, simpatías y doctrinas. Todos ellos, como Riga, habían sido convencidos de diversas ideas filosóficas y literarias. Pasaban del tolstoísmo al nietzschismo, de la anarquía al catolicismo con la mayor tranquilidad. Tan pronto defendían la fórmula del arte por el arte como la atacaban en nombre del arte por la vida. Hoy admiraban a D'Annunzio y al día siguiente le despreciaban. Por la mañana escribían versos elegíacos y aristocráticos a lo Verlaine, y a la noche imitaban a Walt Whitman, el cantor de la democracia y de la vida moderna. Era la eterna confusión estética de la juventud americana, bajo las influencias extranjeras que anulaban a tantos hombres de talento.»

«Se produjo una erudita polémica sobre los caracteres de la literatura española y el valor de su influencia en la Argentina. Iturbide culpaba a los españoles de no saber escribir ni componer, de carecer de sensibilidad y del sentido de las proporciones, de ser improvisadores y, sobre todo, de ignorar el *métier* del escritor, es decir, los mil procedimientos de que se vale un artista para producir una sensación, para describir, para hacer *ver* una escena, para dar la impresión del movimiento y del color. Para los españoles no había sino el estilo, y no preocupábanse sino de cualidades secundarias, como la claridad y como esa ridícula pureza gramatical que obligaba, para ser obtenida, a un juego pueril y rural. Para los argen-

tinios, escribir bien era decir las cosas con sobriedad y elegancia, con naturalidad, sin esas trasposiciones tan feas de los españoles, y que si en ellos pueden ser toleradas, pues son un reflejo de la arrogancia y la afectación de la estirpe, debían ser rechazadas entre nosotros... Iturbide se había referido a la elegancia moderna, no a ese señorío con algo de chabacano, de paternal y de populachero tan común entre los españoles. Valera, un gran señor de las letras, según los españoles, tenía expresiones dignas de un patán, y mezclaba sin escrúpulo frases familiares, refranes, lugares comunes. Su prosa no era distinguida, como lo era la que realizaba un gran número de escritores americanos. A Valera le perjudicaba su españolismo agarranzado... Los escritores españoles, en su mayoría, no viven en nuestro tiempo. Sus giros, su adjetivación, su vocabulario pertenecen a épocas muertas, definitivamente muertas. La vida moderna, tan compleja, tan viviente, tan americana, exige un idioma nuevo, un idioma civilizado, un idioma libre que sea *conductor de ideas*, como decía Sarmiento. En nuestra época hay que dejar a un lado toda preocupación de casticismo idiomático, olvidar la gramática, no leer a los famosos clásicos, que sólo sirven para pegarnos giros anticuados y palabras apolladas, ajenas al alma de nuestro tiempo... En los países civilizados, como Alemania, Inglaterra y Estados Unidos nadie se preocupa de si una palabra está o no en el diccionario, y si no está la inventan. Sólo en los países bárbaros, como España, existe la preocupación gramatical.»

«Helena y Orloff salieron en defensa de los escritores españoles, afirmando que la moderna literatura castellana repudiaba el casticismo rural y atrasado, y que los grandes prosistas jóvenes de aquel país tenían del estilo un concepto casi idéntico al de los escritores americanos.»

El mal metafísico es un reflejo de la vida moderna que corresponde a un momento extinguido ya, sobre todo después de la guerra, y a impulso de la creciente revolución, alianza implícita de intelectualismo y proletariado. *El mal metafísico* es todavía lo que en un tiempo se llamó (ereó que por Gevaert) *tristeza contemporánea*, último latido cordial del *enfant du siècle*, hijo de Manfredo, de René, de Adolfo, sumergido en los paraísos artificiales por Baudelaire. ¡Tú mismo, Rubén, gloriosa sombra, tuviste tiempo de hundirte en ese mar verdoso, como los ojos de Loreley! ¡Y la otra sombra excelsa, Rodó, en el camino de Paros, sucumbió también en esas olas glaucas!

Pero Carlos Riga, el héroe de Gálvez, busca en el artificio paradisiaco y ponzoñoso el excitante de una inspiración precaria y doliente. Y el ritmo exterior, con que Gálvez nos cuenta la decadencia lamentable de ese fracasado es una curiosa unión de tema romántico y procedimiento naturalista.

Flota sobre esa cadencia murgeriana el ritmo conductor de L'Assommoir, la ya vieja reminiscencia (sólo para el lector) de las páginas zulescas en que sucumben Coupeau y Gervasia bajo el Moloch ventruado y grotesco del alambique...

Gabriel ALOMAR

EL TEATRO Y LA BURGUESÍA

RUSIA SE DIVIERTE

No es todo tragedia en este inmenso escenario de Europa de que el Sr. Wilson fuera en una época el traspunte... No dentro de los amplios bastidores de Rusia en donde la tragedia alcanza su máxima intensidad, deja de haber un número de paz de regocijar al espectador que, viniendo de otro continente o de otro planeta, se detenga a contemplar la representación europea... Hay, en efecto, a lo que parece, en la Rusia soviética y bolchevique un espectáculo cuyo color y cuyas perspectivas no tienen los tonos fulgurantes ni el torvo y siniestro cariz de la aurora comunista.

Muy prolijamente nos da acerca de la noticia y el detalle un correspondiente francés en sus cartas a su periódico. Sabemos por este celoso plumífero cómo de entre las llamaradas frenéticas de la revolución rusa surge, esbelta y gentil, la grácil figura de una bailarina: de Dorowa Kossenska, la danzarina de moda («chez les volchevikis», cuyas últimas piruetas son comentadas y discutidas con tanto ardor de pasión como los tímidos movimientos del ejército rojo).

He ahí, en medio de la subversión política del gran Imperio, la perdurabilidad y la solidez de una institución: el ballet ruso... En este derrumbamiento fragoroso de Césares, de autócratas, de Bastillas de coronas y de cabezas, sólo Terpsícore logra salvar el cetro y sólo una bailarina logra deshacer a sus pies, en acrobacia espumosa de popularidad, la ola temblorosa de la demagogia... ¡Excelente revelación, consoladora para esa dorada y rásita burguesía de ambos sexos que tiene por misión en la vida bailar el trote!

Pero no es sólo el baile lo que salva de la catástrofe rusa. Es también el teatro, cuyo funcionamiento ha sido sometido a una severa policía dictatorial, con días prefijados para la asistencia de los soldados—los domingos—los niños—los jueves—, y del resto pueblo—los demás días de la semana con descanso obligatorio—los lunes—con una severísima censura que ejerce comisarios comunistas sobre las piezas a representar. «Las piezas verdes o cillamente alegres—dice el cronista de *Le Journal*—son desterradas como las del espíritu soviético. Y nada que sea subversivo puede deslizarse en producciones teatrales... La Rusia bolchevique y comunista acepta de buen grado estas medidas, llenando los teatros aplaudiendo a los histriones y a las zarinas del «nuevo régimen»...

A través de la clara luz de la historia en presencia de la animación y del ruido de los escenarios, acomodados en localidades que antaño ocupara la burocracia imperialista, el pueblo ruso siente menos bolchevique y se olvida los tumultuosos estremecimientos del comunismo. Acaso sea en las salas de teatros y en el regocijo de tales espectáculos donde esté el foco inextinto del rescoldo menudito, pero vivo, de la guerra y maldicha burguesía...

Luis DE GALINSO

GRAFICO ESPAÑOL
FOTOGRAFAR
ARTE GALILEO 34 TELEFONO 0659

LECTURAS

Cristóbal de Castro ha publicado la segunda edición de «Las mujeres», libro popular entre las mujeres de España América.

Basta leer el sumario para apreciar la originalidad, el interés y la amenidad de este libro, realmente encantador.

Estudia Cristóbal de Castro a las coquetas, a las elegantes, a las ingenuas, a las cursis, a las románticas, a las lujuriosas, a «las de cierta edad», a las perfumadas, silenciosas, llamativas, frívolas, coloradas, perversas, devotas, educadas, etc.; esto en «Espíritu y carácter» de la mujer. Luego, en el «Intermedio galante», el poeta de Flérida ofrece unas hermosas rosas de letanía.

Y después, en las «Profesiones y oficios», considera el presente y porvenir de las mecanógrafas, institutrices, damas de compañía, actrices, tiples, coristas, cupletistas, mujeres del circo, maniobreras, modistillas, canareras, musicógrafas, pintoras, escritoras, maestras, abogadas, médicas, químicas, etc., etc.

Con decir que en poco más de un año han vendido ¡diez mil ejemplares! de

«Las mujeres», se dice el éxito sin par de este libro, que ha superado a los de mayor éxito.

Continúa la revista *La Pluma* ofreciendo a sus lectores variadísima selección de cuantas firmas prestigiosas obtienen el favor del aficionado a las buenas letras. Sigue en el número de septiembre, recientemente publicado, la segunda jornada de *La reina castiza*, deliciosa farsa en que D. Ramón del Valle-Inclán inaugura su serie de sátiras históricas. Completan el número unas curiosas traducciones de *Versos* de Nietzsche, por don Francisco A. de Icaza; una preciosa biografía del andariego Jorge Borrow, por Manuel Azaña; una aguda crónica del Paseante en Corte; nutrida bibliografía y aguda gaceta final. Antonio Espina publica una poesía muy moderna y característica de la manera concisa del joven poeta.

La Casa Perlado, Páez y Compañía acaba de poner a la venta la segunda edición de *La confesión de un gato*, de Gaston Picard, obra laureada por el Gobierno francés con el premio nacional de literatura.

Completan el tomo, que lleva un prefa-

cio de M. J.-H. Rosny (*Ainé*), varios amenos cuentos del mismo autor.

Lila... es un libro extraño, como su título, de poesías en prosa, de Alejandro Bher.

Sus autores—María y Mariano Mazas—lo ofrecen «A todo hombre que ame o haya amado, a toda mujer capaz de querer», y es una narración amorosa y exaltada, romántica, realista, reflejo de muchas pasiones que pueden condensarse en un amor, que, según *Lila...*, es ilusión y desesperanza, alegría de vivir y melancolía de muerte.

En la colección Sanz Calleja ha publicado el culto y brillante escritor D. José Mas una interesante novela, titulada *Solledad*. Completa el tomo un ameno cuento, que lleva por título *Flor del valle*.

Teoría integral de la visión, por D. Manuel Maluquer, ingeniero de Caminos. Es un libro de 345 páginas en 8.º, escrito sobre la base de las conferencias que dió su autor en el Ateneo de Madrid el año 1916, citadas en la obra «Fisiología humana» (de texto en la Facultad Central de Medicina), sirviéndose de la física biológica como andamiaje. La ori-

ginalidad de la nueva teoría está en basar la perfección de la visión y su funcionamiento en los supuestos defectos ópticos que se le atribuyen.

La Casa Pueyo ha editado recientemente *El régimen soviético*, de Marc Vichniak, antiguo secretario de la Asamblea constituyente pan-rusa y miembro del partido socialista revolucionario, que estudia en este libro los aspectos jurídico y político del régimen soviético y combate el bolchevismo como negación de la democracia.

Por iniciativa de D. Eugenio Mesonero Romanos se ha editado, por suscripción entre los amigos del malogrado escritor D. Juan Leirado, un tomo titulado *In memoriam*, con sus mejores prosas y poesías.

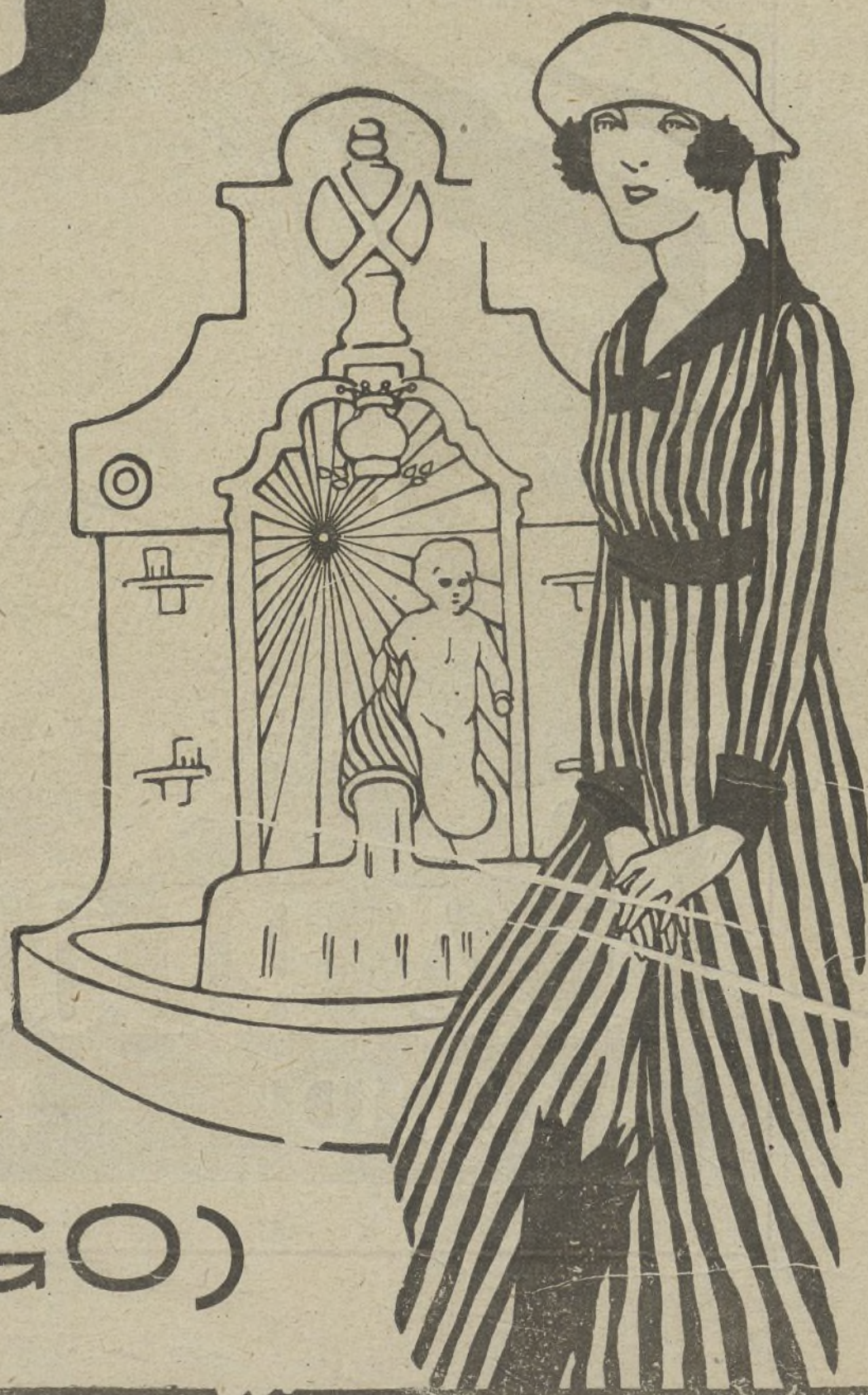
Las últimas obras publicadas por la Editorial Mundo Latino son *La torre de los siete jorobados* y *Dietario sentimental*, de la colección de Obras completas de Emilio Carrere. *Primeros estudios cosmopolitas*, tomo XI, de las obras de Gómez Carrillo. La novena serie de *Lo que sé por mí*, de El Caballero Audaz, y *Desamor*, novela del mismo autor.

AGUAS DEL INICIO

análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

Bóveda (LUGO)





FABRICA DE RELOGES
CARLOS COPPEL
MADRID FUENCARRAL, N.º 27